

7° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM - 1°.09.2014

El Evangelio nos ofrece otros ejemplos, además de la Samaritana, de personas que se esconden. Pensemos en el joven rico, del que Jesús anhelaba el corazón, escondido detrás del apego a sus riquezas (cfr. Mc 10,17-27). El encuentro con el joven ha sido comentado hasta el infinito. Me limito a un par de observaciones que nos pueden hacer meditar en el hilo que estamos siguiendo.

Lo primero es el verbo que Marcos utiliza para describir la reacción inmediata del rico a la llamada de Jesús a dejar todo y estar con Él. Es el verbo *stygnaō*: ofuscarse, ensombrecerse, oscurecerse. Marcos dice: "A estas palabras él frunció el ceño y se marchó triste" (Mc 10,22). Es justamente un volver a esconderse en la gruta, en la hendidura de la roca, en la peña, apartándose de la luz de la mirada y del amor de Cristo. Y el "porque era muy rico", que explica la reacción, es aquí como la descripción de la barrera opaca, del muro detrás el cual el joven va a esconderse de la luz. Lo que nos impide seguir a Cristo es un escondernos de Él en la noche, en las tinieblas. Preferir las tinieblas al encuentro, a la correspondencia a su mirada, a su rostro.

La segunda cosa que quisiera señalar es el modo en el que Marcos describe la mirada de Jesús después de la partida del joven rico. Al principio mira a su alrededor: "Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el Reino de Dios a los que tienen riquezas!»" (Mc 10,23).

Es como si después de la partida del amigo y discípulo fracasado, Jesús se pusiera enseguida a buscar, a anhelar el rostro y la voz de la paloma escondida. Mira alrededor como perdido. Por un momento pudo esperar y creer que su paloma finalmente iba a salir a mostrarle el rostro sin miedo, con confianza, a hacerle oír su voz. Pero apenas Él se acercó un poco más y la miró con mayor intensidad y deseo, la paloma huyó a la hendidura de la roca, aún más escondida e inaccesible que antes. ¡Qué dolor! ¡Qué tristeza! Perder una amistad antes aún que pudiera florecer. Jesús la había ya deseado y asegurado para siempre, y el otro se marchó, se ocultó y apartó de ella, quizá para siempre.

Pero Jesús no baja los ojos compadeciéndose, llorando su propia desilusión y soledad. Él vuelve a comenzar y continúa en seguida buscando el rostro y la voz de la paloma, a su alrededor, por todas partes.

"¡Qué difícil les será entrar en el Reino de Dios a los que tienen riquezas!". ¿Qué es entonces el reino de Dios sino precisamente la relación con Cristo, la correspondencia de la mirada del hombre a la mirada amante de Dios? ¡Le es tan difícil al hombre salir de ciertos escondites, no esconderse detrás de ciertos muros opacos de poseso replegado sobre uno mismo! Los discípulos entonces se dicen entre ellos: "¿Y quién puede salvarse?" (Mc 10,26).

Y aquí Jesús experimenta como un sobresalto, no solo en el corazón y en las palabras, sino en la mirada. Sus ojos, que por un momento vagaron tristes a su alrededor, quizá también anegados por las lágrimas, experimentan un sobresalto de atención, de un fulgurante enfoque. La mirada que vaga perdida se dirige fijamente a sus discípulos: "Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo»" (Mc 10,27).

Es como si el sobresalto de la mirada coincidiese en su corazón con un recuperar la confianza y seguridad en la obra del Padre. El Padre lo puede todo, incluso permitir al Hijo encontrar en lo más profundo de cada peña de escondite el rostro oscurecido y oculto del hombre, y el cara a cara con él. El deseo esponsal y apasionado de Cristo con respecto al alma se convierte inmediatamente en consentimiento a la Pasión y Muerte. En efecto, seguido del encuentro fallido con el joven rico Jesús se pone a caminar con determinación hacia Jerusalén y a anunciar la Pasión, llenando a los discípulos de angustia (cfr. Mc 10,32-34).

Jesús sabe que al amigo que se ha apartado de su amor, el joven rico, deberá ir a buscarlo, en cierto sentido, hasta los infiernos, hasta el escondite extremo de Adán, más allá de la muerte, más allá del pecado.

Siempre he pensado, y probablemente otros muchos antes y mejor que yo, que el joven rico fue el mismo evangelista Marcos, porque es el único evangelista que habla de la mirada de amor de Cristo, aquella mirada que pudo ver solamente el joven rico. Marcos, el mismo joven que, por lo rico que era, deberá dejarse despojar hasta del último lienzo que tenía sobre sí y, si aún huye, es después de todos los demás (cfr. Mc 14,50-52), algo parecido a la última carmelita en subir al patíbulo en las obras maestras de Gertrud von le Fort y Bernanos.

El joven Marcos, descubierto en el jardín y que huye desnudo, simboliza quizá a Adán que ya no puede esconderse más, que sale al descubierto, para poder finalmente encontrarse cara a cara con el Cristo pascual, vencedor de toda tiniebla, la misma en la que el hombre tiende siempre a esconderse y que se refleja en su rostro.

Digo esto porque, siguiendo, digámoslo así, las etapas de la mirada de Jesús en este episodio, es como si tuviéramos que comprender que Jesús pide a sus discípulos una correspondencia, por llamarla de alguna manera, reparadora, vicaria. La mirada y el amor al joven rico, que quedó sin correspondencia, se pone inmediatamente a buscar en el grupo, quizá asustado, de los discípulos, una posibilidad de fijarse cara a cara, porque Cristo no se resigna a no poder entrar en comunión con el hombre. Ciertamente, la mirada dirigida al joven, y lo que Jesús esperaba de él, era único y personalísimo. El intercambio que Jesús busca con los discípulos no podrá sustituirlo, reemplazarlo, pero, en cierto sentido, podrá contenerlo, espiarlo, espiar el escondimiento, el apartarse de un rostro al Rostro amoroso del Señor. Y quizá esta correspondencia, aunque mísera y por ahora temporal de los discípulos, pues dentro de poco todos Le abandonarán, permitiese misteriosamente al joven volver en el último momento, y ofrecer a Jesús una última mirada de amor antes de ser arrestado.

Sea como sea, es importante que aprendamos a dejarnos penetrar por la pasión de Cristo por cada hombre, por cada corazón. Que aprendamos a oír en nosotros el deseo apasionado de Jesús de unirse a cada corazón. Sólo así nuestra vida monástica se convertirá verdaderamente en misionera, con un profundo y amplio respiro de amor universal. Pero para tener esta sensibilidad para todos, debemos comenzar correspondiendo nosotros mismos al deseo de Dios de unirse a nosotros. La primera "paloma escondida" que Cristo quiere encontrar somos nosotros mismos.